

El Consistorio guipuzcoano hace prevalecer el descanso sobre una costumbre centenaria tras la queja de un vecino

Las campanas duermen de noche en Segura

MIKEL ORMAZABAL. Segura Duermen las campanas de la iglesia de Segura (Gipuzkoa). Ya no suenan de noche, como ha sucedido desde hace 300 años, según los lugareños. Se pierde una tradición secular en un municipio donde sus vecinos (1.430 habitantes) tratan de conservar las costumbres allende los tiempos. Una denuncia anónima ha obligado al Ayuntamiento a ordenar que las campanadas dejen de sonar desde las 23.01 hasta las 6.59. Se imponen ocho horas de silencio nocturno, una decisión que no ha sentado bien a muchos residentes porque se pone fin a una práctica centenaria que es "un distintivo del pueblo", afirma Laureano Telleria, de 88 años, durante más de cuatro décadas el último campanero de Segura: "Estamos muy tristes. Es una pena porque el sonido de las campanas es algo que llevamos muy dentro".

Segura se construyó entre murallas para vigilar la frontera con Navarra. Fue fundada en 1256, al concederle el rey Alfonso X el Sabio el fuero de Vitoria. Aún conserva una morfología medieval y se atisban lo que antaño fueron fosos, puentes levadizos y torreones defensivos. Su principal reliquia arquitectónica es la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, de aire catedralicio y originariamente de estilo gótico, aunque fue adquiriendo elementos del barroco, como su retablo construido en 1743. Es una villa rural donde reina la tranquilidad. Este municipio del Goierri no ha digerido aún la determinación del Consistorio de prohibir el tañido de las campanas durante la noche. "Nos han robado el ritmo ferroso que era parte del paisaje acústico de nuestra aldea", se lamenta el joven Elur.

Identidad oculta

Un denunciante cuya identidad no desvela el Ayuntamiento exigió que las campanas dejaran de sonar durante las horas de sueño. Primero acudió al Ayuntamiento y después tramitó su queja ante el Ararteko (Defensor del Pueblo vasco). Se realizaron mediciones durante las campanadas y se comprobó que los decibelios que estas emitían superaban la normativa municipal de ruido. "No conocemos quién ha presentado la denuncia. Nadie sabe quién es. Está, como se suele decir, bajo secreto de sumario", comenta Telleria. En su escrito, el denunciante argumenta que "el sueño y el descanso son fundamentales para el bienestar físico y emocional de las personas, según la Organización Mundial de la Salud". Añade que el tilin-talán de las campanas, repetido cada 15 minutos de día y de noche, "perjudica el descanso" de los vecinos y que es una práctica que ha dejado



Laureano Telleria, el martes ante la iglesia de Segura (Gipuzkoa). / JAVIER HERNÁNDEZ



Las campanas de la iglesia Nuestra Señora de la Asunción. / J.H.

cumplir la misión que tenía en el pasado.

Entre las ocho de la noche y las ocho de la mañana, el tintineo se repetía cada cuarto de hora. Las campanas daban 179 golpes, dice el Ayuntamiento en una nota informativa. Se contactó con la empresa encargada del mantenimiento del reloj (este aparato da las órdenes del repique) y se le propuso rebajar el volumen de las campanas, pero esta opción se descartó porque durante las horas de día el sonido sería "inapreciable en muchas zonas del pueblo". Teniendo en cuenta todo y "dando prioridad a la convivencia entre todos los vecinos", dice el comunicado oficial, el Consistorio acordó "cumplir la normativa y silenciar las campanas entre las 23.00 y las 7.00". Así ocurre des-

de finales de diciembre pasado. Laureano Telleria se dedicó desde 1977 hasta 2019 a subir dos o tres veces a la semana a lo alto del campanario de la iglesia para dar cuerda al reloj. "Son 160 escaleras en forma de caracol. Calculo que habré subido unas 5.200 veces en esos 42 años", afirma. Está apenado porque "se acaba una tradición muy bonita".

Las campanas siempre han cumplido la función de informar a la gente, sobre todo de los principales oficios religiosos, cuenta Telleria al detallar la riqueza del lenguaje de las campanas. Cuando sonaban a difunto, todos se enteraban de que había un fallecido en el pueblo, y se daba un toque diferente si el muerto era hombre, mujer o un niño. El repique de agonía comu-

Laureano Telleria se encargó durante 42 años de hacer sonar el repique

"Nos han robado una parte del paisaje acústico", se queja un residente

nicaba que alguien estaba a punto de morir. Se tocaban rogativas para pedir que lloviese o dejase de llover; había un toque especial para anunciar tormentas o fuego, también se solía informar de una compraventa de terrenos. De día suenan las campanas a la hora del Ángelus y para anunciar el Ave María matinal o vespertino, los avisos de las misas... Laureano aprendió esta técnica de su padre y después de su hermano. La monja María Lezeta le enseñó hasta 16 modos distintos de hacer sonar las campanas. "Siempre lo hice de balde, sin recibir nada a cambio", quiere precisar.

Hace cuatro años Telleria dejó de ascender la escalera de caracol hasta la torre. Como no encontró relevo, desde entonces las campanas de Segura suenan

de forma automática. Desde el teléfono móvil, una aplicación informática permite activar el reloj, que es propiedad del Ayuntamiento. Unos altavoces expanden el sonido del volteo a los cuatro vientos. Suenan a una altura de 200 metros, desde una atalaya eclesial donde hay cinco campanas, la mayor de las cuales pesa 1.950 kilos y tiene más de un metro de altura.

Varios ejemplos

El vecino que pidió acabar con el repique nocturno sostiene, según consta en su escrito enviado al Ayuntamiento, que "el argumento de la tradición se ha empleado para mantener costumbres inapropiadas o que van en contra de los derechos humanos" y cita como ejemplos la prohibición de que las mujeres entren en las sociedades gastronómicas, la fiesta del ganso de Lekeitio, el Alarde de Irún y Hondarribia (el desfile de armas donde no se permite que las mujeres actúen en igualdad de condiciones que los hombres) o las corridas de toros. "Por suerte", añade esta persona, "tradiciones inaceptables que existían hasta hace poco han ido desapareciendo gracias a que la sociedad ha ido madurando".

Elur discrepa frontalmente y considera "un exceso" equiparar las campanadas de la noche con el machismo o los toros: "La mayoría de la población que ha crecido con el repique de las campanas está a favor de que sigan sonando. Las noches son más tristes ahora", agrega al echar en falta la música que llega del campanario, su frecuencia acústica. "Se ha perdido algo distintivo de Segura", dice Telleria apenado. Está convencido de que "más del 90% de los vecinos estarían a favor de que suenen las campanas de noche si se celebra una consulta popular en el pueblo". Esteban, otro vecino, prefiere no entrar en la polémica, aunque reconoce que para él "no supone ningún problema que se escuchen las campanas".

La tradición tiene mucho peso aquí. Esta localidad y Hondarribia son las únicas de Gipuzkoa que mantienen las procesiones de Semana Santa a la antigua usanza. También se celebra con fervor la festividad de San Nicolás en diciembre, conocida como "la fiesta del obispillo" y que consiste en nombrar obispo de la Iglesia a un niño o una niña de seis años que recorre las calles de Segura con la indumentaria de advenio de un prelado.

Casi todas las casas del pueblo tienen colocada en la entrada o en el portal una rama de espinillo bendecida que, según los paisanos, sirve para ahuyentar las maldiciones. Pero esta tradición del espinillo no ha conseguido espantar el problema del fin de las campanadas nocturnas.